

Res publica, 1, 1998, 141-174

HISTORIA DE LOS CONCEPTOS Y RESPONSABILIDAD POLÍTICA: un ensayo de contextualización

José Luis Villacañas Berlanga

RESUMEN

La historia de los conceptos aspira a ser el testigo científico de una época que transcurrió envuelta en divisiones endémicas (lucha de clases, de naciones, de bloques internacionales), como consecuencia de la propia radicalización ideológica y revolucionaria del proyecto moderno y de las respuestas reaccionarias no menos virulentas. Con la historia de los conceptos queda atrás la última empresa científica y política integradora, la weberiana. Hoy ambos testimonios son de radical importancia para esquivar nuevos fenómenos de ideologización, de politización total y de fundamentalismos políticos.

ABSTRACT

The history of concepts aims to be the scientific witness of a period that was immersed in endemic differences (class, national, international blocs), as a consequence of ideological and revolutionary radicalisation of the modern project and the no less violent reactionary responses. With the history of concepts the last proposal of scientific and political integration, the Weberian one, is left behind. Today, both testimonies are of radical importance in order to avoid new phenomenon of ideologisation, total politicisation and political fundamentalisms.

I. TRAS EL UNIVERSO WEBERIANO

1. *Ideales tipo*. Con toda la consciente ambigüedad de la expresión, podemos decir que la obra de R. Koselleck se mueve en un universo metodológicamente postweberiano. En efecto, ese *post* encierra una doble cara. La primera es que su obra no puede reducirse a la propuesta científica de Weber; pero la segunda es que quizás no estemos en condiciones de hacernos con lo más específico de su propio programa sin medirlo comparativamente con el programa científico-práctico weberiano.

Ahora bien, para hallar esta diferencia específica debemos esforzarnos por situar la comparación de ambos programas en su justo punto. Esta exigencia nos obliga a interrogarnos por las premisas últimas de la propuesta de Koselleck. Propongo, para esta empresa inicial, una aproximación a partir de los puntos más evidentes y señalados.

A nivel metodológico, la clave de la diferencia que más salta a la vista es que la historia social, en cierto modo objetivo de los estudios weberianos, no reclama para Koselleck ni la perfección teórica de una sociología comprensiva, ni la ordenación teórica del material histórico en conceptos ideales-tipo, sino una historia de los conceptos. Esta primera aproximación, sin embargo, resulta claramente improductiva por abstracta y descarnada, pues los términos que pone en relación son demasiado heterogéneos.

Ya desde la obra de O. Hintze, la práctica histórica comprendió que no había manera inmediata de usar los conceptos ideales-tipo weberianos, que proponen entramados de sentido y lógicas de acción de amplio alcance, y de validez universal en su abstracción, para situaciones históricas concretas. En cierto modo, Weber también lo sabía e hizo frente a su manera a este reto, desplegando estrategias que quizás debieran considerarse con más detenimiento. Mientras que los ideales tipo weberianos proponían una continuidad de sentido para todo el tiempo histórico, en tanto esquemas racionales puros de acción, la historia social debía identificar contextos, marcar discontinuidades temporales, y por tanto exigía concretar el sentido de los términos teóricos hasta hacerlos medianamente «congruentes con el propio objeto de la investigación».¹ En suma, la historia social debía moverse desde ideales tipo weberianos de corte claramente utópico², metahistórico, nominalista e instrumental, a tipos conceptuales que asumieran más su dependencia de la realidad histórica, su dimensión epistemológica directa. Ésta es la base de la categoría de *Realtypus* de Hintze, que corregía a su manera el construccionismo weberiano, extremado por el sabio de Heidelberg para

1 Cf. Sandro CHIGNOLA, *Storia concettuale e filosofia politica*, en *Filosofia politica*, IV, n1, junio de 1990, p. 9. Para la relación entre Weber y Hintze, cf. Jünger KOCKA, *Otto Hintze and Max Weber: Attempts at a Comparison* en *Max Weber and his Contemporaries*, ed., por W. J. Mommsen and Jünger Osterhammel, The German Historical Institute, London, 1987, pp. 284-295. Para el término *Realtypus*, cf. *op. cit.*, p. 284.

2 Cf. Para este adjetivo, Giuseppe DUSO, *Tipi del potere e forma politica moderna in Max Weber*, en *Max Weber e le scienze sociali del suo tempo*, a cura di Marta Losito e Pierangelo Schiera, Società editrice Il Mulino, Bologna, 1988, pp. 481 y 512. Puede verse abundantes referencias bibliográficas sobre Hintze a pie de página.

cerrar el paso a todo hegelianismo³. Desde este punto de vista, desde luego, Hintze, como ha dicho uno de sus estudiosos, es bastante más pre-crítico que Weber. Pero al menos resulta claro que sus análisis históricos de la burocracia prusiana no podían avanzar con el desnudo tipo ideal del burócrata de Weber, sino haciendo intervenir conceptos materiales que mostraban continuidades y discontinuidades en relación con la idea de burocracia medieval, con la idea de Estado tal y como se dio en Prusia y con la idea de democracia, etcétera.

El propio Hintze fue consciente de la diferencia esencial de sus planteamientos teóricos con los de Weber⁴. Para él Weber estaba interesado en último extremo por su presente político, interés que ciertamente determina su aproximación al pasado. Ese presente era observado por Weber desde un punto de vista claramente normativo-valorativo, dada su implicación en el destino del Estado-nación alemán, su dios supremo. Ahora bien, ese Estado-nación no estaba reconciliado con la facticidad de un *Reich* que, para él, más bien representaba un peligro para el futuro de Alemania.

Desde este punto de vista, sus ideales tipos eran más bien la forma concreta de la acción racional o irracional tal y como le estaba dada a su presente, y tal y como podían impulsar o entorpecer su meta final, la democratización, modernización plena y optimización del Estado nacional alemán. Para ello, Weber se entregó al análisis de estructuras de acción no específicamente nacionales, sino universales; no específicamente temporales, sino seculares, como la racionalización emergente con la aparición del cristianismo. Finalmente, sobre la base de estos ideales tipos *longue durée*, en el fondo una teoría secular de la racionalización como *Universalgeschichte*, organizó la teoría más concreta de la modernización, de claras dimensiones estructurales, en las que se mostraba la afinidad electiva de diferentes ideales tipos de acción social (económica, religiosa, política, etcétera). Esta teoría, también de largo plazo, ofrecía herramientas epistemológicas y crítico-prác-

3 Hintze, desde luego, era mucho más hegeliano que Weber, y en cierto sentido, se hallaba más identificado con el Estado prusiano que el radicalmente anti-feudal Weber. Esto se ve muy claramente en el concepto de «necesidades históricas» que propone Hintze y que tiene que ver con las estructuras claves de la razón de Estado, como son las tradiciones históricas, las condiciones geopolíticas, etcétera. En cierto modo, quizás estas necesidades históricas son las que podrían coagular en una *Historik*, tal y como la entiende el propio Koselleck, en su discurso de homenaje a Gadamer (Cf. R. KOSELLECK y H.G. GADAMER, *Histórica y hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997, con introducción de J.L. Villacañas y F. Oncina. En cierto modo este artículo continúa la reflexión iniciada por el autor en la segunda parte de esta introducción). En todo caso, Hintze se muestra mucho más favorable a darle su visto bueno al desarrollo del Estado alemán bajo el Segundo Imperio que Weber.

4 Así lo analizó en el ensayo que dedicara a Weber, *Max Weber Soziologie*, en *Gesammelte Abhandlungen zur Soziologie, Politik und Theorie der Geschichte*, Vol. II, *Soziologie und Geschichte*, Göttingen, Wandenhoeck & Ruprecht, 1964, pp. 135-147.

ticas de naturaleza más concreta. Finalmente, Weber configuraba contextos concretos, en los que sobre todo se intentaba diagnosticar las causas por las que el proceso de racionalización moderna alemana se separaba de su ideal tipo, identificando las fuerzas que producían esa separación (*junker*, pequeña burguesía, burocracias, etcétera). Aquí, por tanto, se usaban todos los ideales tipos, tanto de la teoría universal, como de la teoría de la modernidad, y se mezclaban comprensiva y descriptivamente para mostrar lo distintivo de un caso dado. Con ello se llegaba a algo parecido a un «ideal tipo individual», una constelación histórica propiamente dicha, que ya no era normativa, sino descriptiva de una situación única. Como es lógico, estos análisis situacionales tenían finalmente una orientación política y constituían la dimensión epistemológica de la ética de la responsabilidad weberiana⁵.

Esa complejísima aproximación a la historia, destinada a impedir toda filosofía de la historia, fuese de la procedencia que fuese, hegeliana o romántica, no era ni la empresa, ni la meta final de la obra de Hintze, desde luego. Su interés por el pasado implicaba claramente la actitud de quien está dispuesto a valorar la especificidad histórica de ciertos procesos y conceptos, alentada por la facticidad histórica de los mismos, independientemente de su relación con estructura normativa alguna, y desde luego de su eficacia histórica en el presente.

2. *Comprender la norma, explicar la facticidad.* No podemos olvidar que los ancestros de la historia de los conceptos proceden más del entorno de O. Hintze y de O. Brunner que de M. Weber. Debemos comprender bien lo que finalmente se esconde tras esta diferencia. Pues Hintze al menos, y en cierto sentido Brunner, no parecen compartir la estructura básica del programa weberiano, a saber, la pretensión de discriminar la irracionalidad en las ciencias sociales y la diferencia entre enunciados normativos y enunciados de hecho. En cierto modo, el supuesto último de la idea de historia en Weber residía en comprender por qué la realidad histórica —y Alemania era un caso dado— se desviaba del ideal tipo, como estructura racional pura de actuación social. Así que la historia no debía mostrarse compasiva con la irracionalidad, esto es, con los desvíos reales respecto del ideal de acción, sino explicarlos

5 Resumo quizás en exceso las tesis mantenidas por W. J. MOMMSEN, *Gesellschaftliche Bedingtheit und gesellschaftliche Relevanz historischer Aussagen*, en *Die Funktion der Geschichte in unserer Zeit*, ed. E. Weymar and E. Jäckel, Klett, Stuttgart, 1975, p. 218ss. Esta tesis ha sido recogida y desplegada en un interesante comentario comparativo con la obra de F. Braudel, por Günther ROTH, en el último capítulo *Duration and Rationalization: Fernand Braudel and Max Weber*, y en el epílogo al libro *Max Weber's vision of History. Ethics and Method* escrito junto con W. SCHLUCHTER, editado en la University of California Press, Berkeley, 1979, reed. 1984, pp. 166-195 y 195-207.

causalmente. El ideal tipo se comprende. La historia se explica. Pero se explica causalmente —se describe— en la medida en que no sea racional. Hay una actitud de base aquí. Weber desea sobre todo que la sociedad y el Estado del Segundo Imperio sean racionales desde el punto de vista moderno, implícitamente normativo, y todo su programa es un ensayo político de aproximación del Segundo Imperio a una idea tipo de racionalidad, tanto en relación con la sociedad, el Estado, el gobierno, la burocracia o la economía. Situado en una realidad política irracional e irresponsable, Weber desea transformar su propio Estado mediante la neutralización de las causas históricas que lo hacen desviarse de la norma ideal típica.

Esta creencia en la norma ideal moderna no asiste jamás a Hintze, que se sitúa en la facticidad concreta de Prusia como realidad a comprender en su especificidad histórica, como no asistió a Schmitt, para quien la modernidad era más bien fuente de anomia que hacía inevitable el regreso a las fuentes de un nuevo *nomos*. Finalmente, entonces, la diferencia es de posicionamiento político ante la realidad. Mucho más preparado para justificar y comprender la permanencia de instituciones feudales en Prusia de lo que estaba Weber, Hintze en cierto modo acepta la síntesis de categorías medievales y de categorías modernas que constituían la especificidad constitucional del Segundo Reich. En este sentido, la línea es directa en relación con la obra histórica de Koselleck, en un sentido que posteriormente veremos. Para Hintze se trata de la heterogeneidad prusiana desde el principio, y desde luego comprende que esta heterogeneidad respecto a otros Estados europeos se debe a la pervivencia de posibilidades de organización política que en Prusia se han mantenido justo por la mayor presencia del horizonte de sentido medieval. En lugar de asegurarse políticamente contra este híbrido, la historia social de Hintze aspira a negar la necesidad histórica de las formas de organización modernas, que en cierto modo eran básicas para los ideales tipo de Weber.

La consecuencia de esta diferencia era muy precisa. Una ordenación ideal-típica secretamente anclada en las definiciones de lo moderno resultaba demasiado amplia para comprender la individualidad histórica de Prusia salvo como irracionalidad. Ahora, para Hintze, comprender esta individualidad se oponía a toda valoración teórica que hiciera de ella algo irracional y, además, a todo intento práctico de superación de su irracionalidad desde un pretendido ideal tipo práctico. Esto no significa que se abandonara la dimensión práctica de la historia social o política así entendida. Simplemente cambiaba de referencia última. Mientras que Hintze veía en el apoyo a la razón de Estado, tal y como fácticamente estaba dada, el último valor del historiador, Weber siempre condicionó la razón de Estado a una compleja normatividad que tiene que ver con su idea de la democracia nacional y con su exigencia de responsabilidad política.

Weber en el fondo no se separa del cosmos específicamente moderno y liberal de los conceptos políticos. En cierto modo, la obra de Hintze y Brunner, como la de Schmitt, implica, no sólo una crítica de este cosmos, sino también una separación metodológica del mismo. Para que brille el sentido interno a los estratos medievales que se acumulan en la heterogénea Prusia, los conceptos modernos deben ser conocidos, desde luego, pero neutralizados en su capacidad de proyectarse sobre los tiempos históricos pasados —lo que en el fondo hacía Weber, con sus ideales tipo—, y contaminarlos con su sentido. La racionalidad moderna, proyectada sobre estos otros contextos históricos, hacía que estos conceptos medievales aparecieran como irracionales. Pero si se restituía el contexto histórico en el que funcionaban, podrían aparecer en su específica racionalidad. La pluralidad de sentido de la *ratio*, que Weber había reconocido y aplicado en el ámbito de la historia universal, se proyectaba sobre la propia tradición europea, mediante una genuina temporalización de los conceptos y la demarcación de su contexto. Con ello, el presente de Prusia, mucho mejor comprendido, parecía no tener que someterse al destino de la normatividad moderna, que aparecía así como una de las posibilidades de sentido, pero no como la ideal.

3. *Temporalización*. Con ello se conseguía dos cosas a un tiempo. Primero, comprender la modernidad como una posibilidad, al identificar otras racionalidades históricas. Segundo, comprender mejor la propia modernidad, al identificar mejor las metamorfosis de sentido que sufrían a menudo las mismas palabras, al pasar de un cosmos premoderno al moderno, en la línea de la centralidad de la tesis de la secularización, introducida por la teología política schmittiana. Ni los conceptos modernos eran los únicos, ni eran autosuficientes en su transparencia semántica.

Sabemos que la obra de Koselleck, situada a la distancia de una generación posterior, no asume las premisas radicales de sus ancestros. Sometiendo a crítica la tesis radical de Brunner, Koselleck rechaza la idea de que el lenguaje de las fuentes y el lenguaje de la historiografía puedan ser absolutamente superpuestos. El lenguaje de las fuentes no explica el lenguaje de las fuentes. Esto es: la comprensión que tengamos de los elementos medievales o premodernos de sentido no puede construirse exclusivamente con los elementos que nos brindan las fuentes medievales. Las fuentes no se explican a sí mismas, no son transparentes sino a través de ciertos *Vorgriffe* producidos, como dice Chignola, «en el presente de la temporalidad de la representación historiográfica».⁶ La consecuencia de esta metodología sería la presentación

6 *Op. cit.*, p. 22. La opinión de Koselleck aparece citada en el siguiente texto: «Mi tesis dice que una estricta, y precisamente una estricta historia de los conceptos, no surge sin definiciones referidas al presente. Esto es lo que sucede incluso desde la obra de Brunner. Una

del cosmos medieval como un presente estático, prácticamente ideal, que no muestra su cambio y su transformación. Resulta claro, sin embargo, que Brunner no está interesado en ese cambio, en la dinámica histórica que vincula el mundo medieval con el mundo moderno, sino esencialmente en el cosmos de sentido medieval, que deslegitima toda pretensión del mundo moderno de convertirse en el único sentido posible de la política y que, como contrapartida, legitima lo que del mundo medieval pueda sobrevivir en la realidad.

En cierto modo, se trata de una propuesta materialmente alternativa a Weber, sólo que ahora es el mundo medieval el que se presenta en la práctica como un ideal tipo. Naturalmente, la necesidad de un *Vorgriff*, o lo que la hermenéutica llama *Vorurteil*, sitúa a Koselleck en una posición post-crítica respecto de sus maestros, que en cierto modo lo aproxima a Weber: sin referencia a conceptos modernos, no podemos comprender lo peculiar del cosmos constitucional y político medieval. Frente a todo historicismo herderiano, que asume la autorreferencialidad de todos los conceptos que se dan en una época histórica, Koselleck asume la inevitabilidad del presente como punto de referencia de la investigación histórica.

La estrategia de Koselleck para salir de este *impass* consiste en temporalizar los conceptos que se usan en la historiografía. Ni conceptos ideales tipos de alcance omnitemporal, en cierto modo normas prácticas o leyes universales, ni actos meramente pragmáticos de uso conceptual y de valor enteramente puntual, la historia conceptual ante todo necesita definir la relación de un concepto dado con el tiempo histórico en que se va a perseguir y estudiar. La posibilidad de comprender un concepto depende de la comprensión de su movimiento histórico, de su espacio de validez, de su situación temporal. Resulta claro que esta previsión incluye algún tipo de teorización para definir el contexto en el que los conceptos predeterminan su sentido. En esta teorización, de hecho, se debe cumplir la exigencia de autorreflexividad para todo discurso historiográfico. Finalmente, ahí se realiza el gesto moderno por excelencia, el de organizar el juicio histórico desde la definición de lo contemporáneo. Esta operación no es inmediata para Koselleck, ni posible sin la periodización material del tiempo histórico.

Podemos acercarnos entonces a la salida de Koselleck diciendo que se trata de definir previamente una estructura temporal en la que los sucesos discursivos provocados por el uso de los conceptos sean significativos. La diferencia respecto de otras aproximaciones estructurales a la historia reside

presentación de la historia constitucional vinculada al lenguaje de las fuentes sería roma, si los conceptos pasados no fueron descritos o traducidos. De otra manera se trataría de una reedición del texto de las fuentes antiguas, en una relación de 1:1, lo que no puede ser la meta de una escritura de la historia».

en que el contexto preconditionante del significado de los actos discursivos es temporal —como en Weber—, y no es geográfico o espacial, como en el caso de F. Braudel, que se refiere al ámbito del Mediterráneo como juego de *aprioris* en el que comprender los episodios políticos y las decisiones de los actores históricos. Ahora bien, la definición de estos espacios y tiempos estructurales, que condicionan el uso conceptual, no puede conquistarse más que históricamente. De esta forma, la circularidad que la hermenéutica, y antes ya Weber, supieron reconocer en el saber histórico, queda aquí igualmente refrendada. La historia de los conceptos, como cualquier otro discurso histórico, debe saber perfectamente de la contingencia de sus propios *aprioris* estructurales. Contingencia, sin embargo, no quiere decir arbitrariedad. Al contrario, implica alguna pretensión de realismo, sólo que no es un realismo omniabarcante. La realidad permite varias ordenaciones estructurales y temporales, pero no permite un constructivismo infinitamente flexible.

Parece, entonces, que la historia de los conceptos da ya por supuestos en su práctica narrativa los tiempos estructurales en los que su investigación se despliega. De otra manera, los periodos históricos que condicionan la significatividad de un uso conceptual no son a su vez fruto y resultado de la historia de los conceptos. Pero sí son verificables, comprobables, por el propio resultado de la investigación que promueven. En el fondo, la historia social y la historia de los conceptos se autoajustan en el proceso de su relación recíproca. Esto es consecuencia de la tesis de que los conceptos tienen un tiempo diferente de las estructuras. El de los primeros es interno a una estructura. La estructuras, por su parte, sólo cambian en relación con otra estructura. Ahora bien, por eso mismo, los cambios y las mutaciones del significado de los conceptos pueden ser un *índice* relevante para mostrar la continuidad, el cambio o el devenir de las estructuras históricas. Por eso, el estudio de las estructuras y el de los sucesos discursivos deben ser autónomos, para que así puedan verificar recíprocamente sus hallazgos⁷. El resultado no sólo identifica la significatividad de los conceptos, en relación con lo contemporáneo, sino también en relación con lo no-contemporáneo que albergan.

4. *Excursus: Discurso y pragmática o la coherencia teórica de una historia de los conceptos.* En este contexto, y para sistematizar las potencialidades de la historia conceptual, es muy interesante la polémica que algunos teóricos de la historia conceptual mantuvieron con los planteamientos foucaultianos, más

7 Cf. para este tema, y otros relativos, la segunda parte de la introducción al texto de KOSELLECK-GADAMER, ya citado, *Histórica y hermenéutica*, op. cit., p. 33 ss.

cercanos a la nueva época, y orientados por la noción de discurso⁸. El artículo pionero de esta aproximación fue el de Karlheinz Stierle, «Historische Semantik und die Geschichtlichkeit der Bedeutung», todavía en el libro fundador *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*. El mismo tema fue posteriormente analizado por Dietrich Busse, en un libro dedicado al análisis del programa de la semántica histórica⁹. La tesis central, que supera la semántica anterior de corte saussuriano, y las aproximaciones fenomenológicas de Merleau Ponty, mantiene que la *langue*, la intención significativa y la palabra están vinculadas a una instancia ulterior y condicionante, que orienta su uso en relación con fines extralingüísticos o pragmáticos, y predetermina los roles del hablante. Esa instancia es el discurso como institución. La historicidad de la significación está finalmente sobredeterminada por la estructura del discurso como institución social. La sociedad, comprendida como un conjunto de discursos, está sometida tanto al sistema discursivo institucionalizado, al orden del discurso, como a esta historicidad propia del uso del discurso en tanto acto. La interpretación de un texto, por ello, supone ante todo saber leer y desentrañar la autointerpretación que el texto hace de sí en la medida en que se coloca en el seno de cierto discurso, antes de cuestionar lo que desde nuestra autointerpretación podemos decir sobre él. Por lo tanto, una semántica histórica implica ante todo una semántica del discurso en su historicidad específica. Y dado que cabe identificar palabras que soportan y que organizan las señas de identidad del discurso, y que integran las máximas potencialidades de cambio y de innovación del mismo, este planteamiento es convergente con el de la historia conceptual, sostenido por la selección de los conceptos fundamentales del discurso político-social¹⁰. De hecho, todo discurso se institucionaliza alrededor de un momento sistemático en el que estas palabras

8 Por mucho que Koselleck y sus discípulos hayan impulsado una reflexión con pretensiones filosóficas generales, capaces de fundar el método de la historia de los conceptos desde una filosofía del lenguaje general, resulta a todas luces claro que las distancias entre esta teoría general del lenguaje, tal y como se puede generar desde Wittgenstein hasta Austin y Searle, o como se desarrolla en Francia a través de la teoría del discurso de Foucault, no permite una aproximación metodológica a una semántica histórica más que mediante complejos enunciados intermedios que son *aprioris* propios de la investigación histórica. La definición de *histórico* de un concepto le viene dada desde su interés relativo a la descripción del pasado, no desde una semántica general, por mucho que sea diacrónica e histórica. Una semántica histórica no genera ni deduce por sí misma el reconocimiento de los conceptos históricos fundamentales que ella haya de estudiar. Pues el carácter histórico de la semántica del uso de los conceptos (con elementos pragmáticos, por tanto) es universal, en la medida en que es semántica, no es histórico en la medida en que tiene que ver con el interés específico del conocimiento histórico.

9 Cf. su libro *Historische Semantik, Analysis eines Programms*. Klett-Cotta, Stuttgart, 1987.

10 Cf. Stierle, *op. cit.*, p. 175.

fundamentales son elevadas a problema y referente central. Así se configura una parte del discurso que es bastante autorreferencial, que genera su propia tradición, y que reelabora continuamente sus términos centrales. De esta tradición del discurso político social a través de sus usos históricos se quiere apropiarse la historia conceptual, diseñada alrededor de estos procesos semióticos complejos.

Entre las dimensiones semánticas potenciales del discurso como institución, como predeterminación de sentido, como campo de juego en el que se ejerce un poder comunicativo, como depósito en el que se ha acumulado un *continuum* de estratos de usos pasados, y las dimensiones actuales de sentido, de referencia, de connotación, siempre se da la mediación del contexto. Por eso ningún discurso puede prever cuál será la siguiente tirada de su sentido y, por eso, por mucho que se empeñe en disminuir la contingencia, resulta imposible evitar la espontaneidad. Sólo en el contexto, entonces, se organiza un significado concreto. Con esta función decisiva del contexto del discurso en acto, la historicidad del significado queda permanentemente asegurada en sus realizaciones concretas. Pues el contexto no es sino una situación históricamente definida. Sin ella, la recepción sería una elección entre demasiadas posibilidades semánticas. Así que finalmente el contexto interviene como elemento catalizador de reducción de complejidad en la recepción del discurso. Si la definición del contexto común a emisor y receptor no está asegurada, la actualización de la potencia semántica del discurso no está garantizada.

Con ello Stierle llega al punto central en el que se despeja el problema histórico real de una semántica. Pues, en efecto, hay una asimetría temporal y de contexto entre el emisor y el intérprete, ya que «el lector no puede poner en juego sin más su propio fondo de experiencia, sino que es instruido por la reconstrucción del fondo de experiencia contemporánea. Junto a la estabilización del significado a través del contexto extralingüístico de experiencia, el significado se estabiliza a través de la experiencia del espacio discursivo mismo, en el que el discurso se halla.»¹¹ Sólo por referencia al contexto, entonces, se puede comprender la innovación semántica no sólo como innovación, sino como proceso innovador. Sólo entonces la nueva significación puede ser reconstruible. Ahora bien, el contexto siempre está caracterizado por conjuntos de acciones sociales y, por tanto, sólo puede ser caracterizado pragmáticamente. Por ello el contexto de la nueva significación resulta difícil de asegurar.

Stierle habla de dos procesos diferentes en este proceso de innovación semántica. Primero, de la comprensibilidad, y segundo de la aceptabilidad. El primero es condición del segundo. Un cambio semántico es comprensible si

11 Stierle, *op. cit.*, p. 175.

es derivable desde el potencial significativo previamente dado por el continuo de significado, de tal manera que el paso esté motivado desde la economía semántica del discurso. Pero, para llegar a la aceptabilidad, todavía se necesita dar un paso ulterior, a saber, que sea asumible para las propias necesidades de comunicación de los participantes del discurso. El primero es claramente un argumento semántico, pero el segundo es un argumento pragmático y nos habla de necesidades no resueltas, en las que intervienen fines extralingüísticos que justamente se identifican mediante esa innovación. Esta necesidad de designación y de comunicación, que ya fue reconocida por Humboldt como la condición de posibilidad que antecede a toda palabra significativa, es de hecho lo que presta su legitimidad a la aceptación de una palabra. Pero esta necesidad no se investiga ni se reconoce más que en el propio uso que la sociedad hace de esa misma palabra. De ahí la relevancia de la semántica histórica para la historia social.

Los caminos para una innovación de significado son tres, según Stierle. Primero, un cambio de respecto o de praxis discursiva. Podíamos hablar, en términos más claros, de una transferencia desde una esfera de acción a otra. Así, una palabra pasa de una praxis discursiva en una esfera de acción, en la que tenía un lugar muy definido, a otra, en la lucha por abrirse camino y alcanzar una posición de concepto fundamental, impulsada por necesidades analógicas a las que cumplía en la anterior esfera de acción. Esto es lo que sucede no sólo en el llamado proceso de secularización. Este proceso también es facilitado por la historia de las metáforas, en la medida en que éstas mantienen un vacío significativo sin cubrir, que puede ser sucesivamente colmado a su paso por los diferentes contextos pragmáticos. Segundo, como tensión entre el referente y la referencia, tal y como sucede en la dinámica de la ciencia, ya sea porque la referencia se altera en su capacidad de autopresentación, ya sea porque el referente diseña aspectos nuevos capaces de innovar en su forma de desvelar referencias. Finalmente, se produce un cambio semántico y una innovación mediante traducción de lenguajes extranjeros. Pues la comunidad de discurso no es idéntica a la comunidad de lenguaje. Así, por ejemplo, la *republique des lettres* del siglo XVII produjo una comunidad de discurso que, sin embargo, se expresaba en diferentes idiomas. La traducción de una palabra de un idioma a otro, sin embargo, nunca es automática, sino que incorpora su metatexto como situación. Naturalmente, este proceso de traducción puede ser más o menos transparente, más o menos explícito y preciso, más o menos autoconsciente u opaco.

El caso es que la transformación de la significación es siempre un suceso (*ereignishaft*)¹². Sin embargo, el reconocimiento de este suceso puede

12 Stierle, *op. cit.*, p. 186.

ser un largo proceso en el que se registra una sedimentación de *longue durée* en el que esta innovación es posible, comprensible y utilizable. Aquí se alcanzan estructuras que permiten la innovación y explican su éxito. Así se hace necesario complementar un horizonte de pasado y un horizonte de futuro, un horizonte de estructura con un horizonte de sucesos exitosos, un horizonte de continuo significativo sobre el que se dibuja una innovación.

5. *Contexto y periodización*. Como se puede suponer, la semántica histórica pone en relación las dimensiones semasiológicas de la historia de los conceptos (discurso) con las dimensiones asemasiológicas (contexto) de la historia estructural o social. Si ha de ser coherente está abocada a reconocer el carácter pragmático-histórico de toda semántica. Semántica es sobre todo porque define no sólo el sentido de las palabras, sino porque define el ámbito o escenario discursivo en el que ese sentido es tal. Pragmática porque reconoce el estatuto de acontecimiento de todo uso discursivo, significativo en un contexto dado. Así que el aspecto pragmático se usa para definir el aspecto semántico y viceversa. En este círculo, la periodización histórica de discursos, usos y contextos ofrece la única manera de evitar la filosofía de la historia. Todo ello es posible sólo al precio de mantener consciente su propia contingencia. Se trata aquí de la ordenación del tiempo histórico desde las huellas del propio tiempo histórico.

Ahora bien, esta periodización de discursos, usos y contextos, que es de hecho más concreta que los ideales tipo weberianos, es igualmente construida. No la porta el tiempo consigo. Podemos decir en cierto modo que además es plural. Cada una de las esferas de acción puede tener su propio *tempo*, sus propios cambios estructurales y sus propios acontecimientos. En ese sentido, deberíamos desprendernos de la última herencia marxista que está depositada en la noción de estructura, como si efectivamente diagnosticase el elemento histórico fundamental y máximamente ordenador. La estructura define un proceso de largo plazo que no es sustancial, global, ni capaz de afectar a todos los ámbitos sociales por igual. Puede ser una forma vigente durante largo tiempo, pero diferente para cada uno de los plexos de acción social. En este sentido, es muy lógico que se den diferentes ordenaciones estructurales que se relacionan de forma recíproca en el escenario del presente histórico, con más o menos afinidad electiva entre ellas. La vigencia de la ciencia moderna es una estructura de sentido más amplia que la vigencia de la estética moderna. La temporalidad importante para comprender los conceptos referidos al *eros* es diferente a la que rige las relaciones entre los Estados.

Por eso creo que la noción de estructura discursiva —con sus conceptos fundamentales—, como ámbito de temporalización del uso de los conceptos en diferentes contextos y por diferentes actores, sustituye con ventaja la

noción de constelación histórica, procedente de Max Weber, tal y como se aplica, p.e. para definir la modernidad inicial —a través de la emergencia de la ética de trabajo, de la aparición del derecho racional y de la formación de la burocracia estatal. A pesar de ser ya más concreta, la categoría de la constelación histórica sigue siendo objetivante, se limita a propiciar una convergencia de ideales tipo y todavía no es capaz de aproximarse a la vida histórica. Por el contrario, la historia de los conceptos pone en marcha un dispositivo más concreto que el de ideal tipo sociológico, que los procesos de validez histórico—universal e, incluso, que los procesos estructurales de la modernidad, pues vale sólo para determinada variación moderna, la realidad histórica que podemos llamar contemporánea; puede adscribirse un tiempo preciso, y define una lógica general de los actores históricos concretos en ese tiempo. A su vez, la estructura discursiva, en tanto constelación que reúne determinados conceptos históricos capaces de trascender su propio presente puntual, y de condicionar buena parte de las actuaciones históricas, no puede negar su carácter construido de sentido.

Entendida así, esa historia de los conceptos, desplegada hasta sus últimas consecuencias, es más electivamente afín con la trama de la relación social que sostiene el proceso histórico, que la metodología, un tanto primaria y genérica, de los ideales tipo. No sólo permite comprender mejor la acción social, sino historificar las variaciones estratégicas y comunicativas de la misma. De hecho, la relación social únicamente se despliega en situaciones pragmáticas de habla, actos comunicativos que reclaman comprensión, discursos concretos en los que se materializan las oportunidades de los actores de hacerse entender y de influir en la conducta de los demás. Esta dimensión pragmática de la realidad histórica, el movimiento histórico mismo de los actores sociales, se capta mejor en su individualidad mediante una historia de los conceptos, con sus dimensiones semánticas y pragmáticas, que mediante los ideales tipos weberianos.¹³ En este sentido, los dos programas, el weberiano

13 Algunos comentaristas de la obra de Koselleck han ensayado vincular la historia de los conceptos con una fundamentación fenomenológica de la sociología que, en la línea de los discípulos de A. Schütz, como Th. Luckmann y P. L. Berger, transforma los ideales tipo weberianos en las constelaciones de sentido o contenidos eidéticos de la fenomenología. Así, Hans Ulrich GUMBRECHT, en su contribución al colectivo *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, editado por el propio Koselleck, en la casa Klett-Cotta de Stuttgart en el año 1978, titulado justamente *Für eine phänomenologische Fundierung der sozialhistorischen Begriffsgeschichte*. La obra inspiradora de este línea de investigación sería la de A. SCHÜTZ, *La construcción significativa del mundo social, Introducción a la sociología comprensiva*, trad. de Eduardo J. Prieto, con prólogo de Joan Carles Mèlich, Paidós, Barcelona, 1993, que, como se sabe es una profunda discusión con la sociología comprensiva de Max Weber. En esta línea, desplegando en cierto modo la fenomenología como semántica, movimiento que ha sido ensayado por diferentes filósofos, Gumbrecht considera que «die Begriffsgeschichte als Disziplin ist Teil der historischen Semantik»

y el de la historia conceptual, en la comprensión moderada que impulsa Koselleck, no serían contrarios, como en cierto modo lo eran en la obra de Hintze. Más bien serían complementarios y permitirían profundizar en la temporalización no tanto de los procesos de racionalización universal, sino de la modernidad europea, cuyos momentos estructurales y acontecimientos discursivos historifica, esto es, describe y comprende.

6. *Historia y sujeto moderno.* Pero de hecho, la diferencia de planteamiento entre Weber y la Historia de los conceptos reside en la meta final de la historia como disciplina intelectual. Mientras que Weber quería llegar fundamentalmente a la imputación causal adecuada de los efectos históricos de la acción humana, con la idea de motivar a una acción racional y responsable que renueve las energías del sujeto moderno en una situación que podemos ya calificar de reflexiva y epimeteica, la historia conceptual se centra más en la comprensión de las estrategias de los diferentes actores contemporáneos que esgrimen sus opciones prácticas en el discurso político-social. Weber sabe que, al reconocer el presente de Alemania, analiza un época que no viene caracterizada por una racionalidad unívoca interna, sino por un enfrentamiento estructural de racionalidades a varias bandas. Pero mientras él quiere

(*op. cit.*, p. 78). Pero el contenido semántico propiamente dicho lo configuran los *Typen*, que no pueden ocultar su raíz weberiana. Estos *Typen* son definidos como «in vorangegangenen Erfahrungen sedimentierte, einheitliche Bestimmungsrelationen», y en ellos están implícitas estructuras relevantes con las que finalmente se garantizan la formación de sentido y significado, la comprensión y la orientación de los actores sociales, compensando las derivaciones que puedan introducir los hombres desde otras estructuras antropológicas de sentido, como instintos, afectos, sentimientos, etcétera, esto es, los elementos irracionales de Weber. Los *Typen* acumulan las funciones de los conceptos en Koselleck. Como ellos, posibilitan una «kongruente Orientierung in der Umwelt, Kommunikation und gemeinsames Handeln» (*op. cit.*, p. 82). Como los conceptos fundamentales, sobre ellos se articulan las expectativas y las prognosis que determinan la evolución y la variación de los sistemas sociales. Ellos son los depósitos de sentido que constituyen el fundamento de la sociología comprensiva. En cierto modo, son los componentes de la *Lebenswelt*. La consideración más básica de esta línea de trabajo es que los *Typen* no existen de forma absoluta, sino en una praxis de interpretación, de motivación o de identificación de relevancia temática. En este sentido, los *Typen* están más bien dirigidos hacia la comprensión de la acción social. Son, dice el autor, «Regeln zur Unterscheidung von Zuordnungshandlungen zu verstehen» (*op. cit.* p. 85). Como resulta claro, los *Typen* ya no están diseñados tanto para lograr identificar una imputación causal, sino para lograr una comprensión de la acción social. En este punto son índices de los cambios de conciencia acerca del qué y del cómo de la situación en el mundo en que toda experiencia se da. Como resulta claro, la fenomenología se ha liberado de las últimas exigencias de cientificidad que, en Weber, todavía eran muy intensas, con su reclamo permanente de alcanzar una imputación causal adecuada. La fenomenología disuelve más la realidad social en comprensión social y, en este sentido, reconoce el carácter más bien construido de la relación causal. Para la fenomenología, la pregunta por la historia objetiva (*Sachgeschichte*) se abandona como metafísica.

participar activamente en su superación, a la búsqueda siempre de un sujeto histórico heredero del sujeto moderno, Koselleck quiere hacerse cargo de la profunda realidad y sentido de los diferentes sujetos históricos enfrentados en el tiempo contemporáneo. De hecho, él quiere describir una época que no puede definir para sí una norma unívoca o convergente para la acción de las diferentes fuerzas sociales —como en el fondo creía tener Weber al ofrecer un ideal práctico para la burguesía liberal democrática y las fuerzas obreras responsables. Sin ninguna duda, el supuesto weberiano es radicalmente moderno: la nación debe sostenerse en un consenso mayoritario de fuerzas y actitudes éticas, en un consenso político eficaz capaz de dar sentido a la idea de contrato. Sea cual sea su creencia política, Koselleck nos habla de un mundo donde la idea de nación ya no ofrece este contrato efectivo, capaz de configurar un sujeto práctico unitario.

Del estallido de ese ideal moderno brota la tensión histórica que da vida a la historia de los conceptos, con su pluralidad de sujetos sociales jugando a varias bandas en el discurso político. Mientras que Weber finalmente quería mostrar cómo juega la personalidad individual en la historia, dando entrada a factores de irracionalidad respecto a la norma definida en un ideal tipo máximamente racional, la historia de los conceptos, y la historia social que tiene en mente, aspira a producir una transparencia sobre racionalidades en lucha, sobre dinámicas de enfrentamiento y de acción a las que no se hace justicia con la actitud épica y carismático-racional de Weber. En cierto modo, la historia de los conceptos, y su historia social adjunta, ha definido perfectamente el horizonte de la contemporaneidad política y el espacio de significatividad de la acción social, por lo que no está tan interesada en la imputación causal, sino en el sentido y la lógica de la historia política contemporánea, como conjunto de estratos heterogéneos, procedentes tanto del cosmos moderno, como del cosmos medieval, como de aquellos órdenes de sentido que emergen con la radicalización utópica de la modernidad y con la radicalización, no menos utópica, del cosmos medieval, eso que se conoce como el pensamiento reaccionario europeo.

Mientras que Max Weber todavía lucha contra la idea de personalidad romántica, e intenta superarla con la idea de una personalidad responsable y racional, la historia de los conceptos se mueve más en la línea de una genuina historia social, y detecta los conceptos que son índices y factores de las acciones grupales que se disputan el territorio de la acción social en una constelación histórica dada. Mientras que, de hecho, la personalidad responsable en la que pensaba Max Weber tiene un dios propio al que adorar, a saber, el dios del Estado-nación democrático, que debe asegurarse su lugar bajo el sol para las generaciones futuras, en una lucha entre Estados más o menos violenta, la personalidad que acaba conformándose en la lectura de la

historia de los conceptos no puede dejar de comprender este dios como uno de los posibles en lucha, contra otros, y reconoce otras agrupaciones sociales que luchan por imponer e institucionalizar sus discursos y defienden otro tipo de posibilidades de sentido. Mientras que Weber, en último extremo y como Epimeteo, quiere vencer reflexivamente al destino, la historia conceptual quiere describir el drama, el texto y la peripecia de una tragedia. Curiosamente, la historia de los conceptos es más politeísta que el propio Weber, pues su dimensión internamente polémica recoge los conceptos en liza que se han disputado el tiempo de la contemporaneidad, mientras que Weber, que reconocía la diversidad social en lucha, en el fondo siempre pensó que debía colaborar a que una de las partes fuese hegemónica, a saber, la que representaba la opción liberal progresista como representante político de la burguesía moderna, que debía aspirar a cohesionar de forma máxima la nación en tensa fraternidad con el mundo del trabajo, herederos ambos de la ética calvinista de la profesión. De esta manera, la responsabilidad que cabe pensar para la subjetividad que se atreve a usar en el presente los conceptos políticos, resulta más fragmentada y más plural, en la medida en que cada concepto reclama su propia exigencia de responsabilidad. En cierto modo, la historia de los conceptos, como ha mostrado Duso, sirve de estímulo para la filosofía política porque muestra el aspecto plenamente dilemático de la *teoría* política moderna. Pero, sobre todo, la historia de los conceptos muestra que estos aspectos dilemáticos, intensamente sentidos a través de su propio uso histórico, están lastrando la historia de la construcción nacional alemana y del Estado resultante, tanto como la historia europea. De hecho, las posiciones teóricas postweberianas no son viables si no se diluyen las ilusiones de la existencia de una visión «nacional» normativamente unitaria del cosmos político. La nación, centro de la teoría política moderna, no resuelve los dilemas que plantea la filosofía política a la contemporaneidad. La historia de los conceptos ofrece los argumentos de este incapacidad.

II. MODERNIDAD Y *SATTELZEIT*

1. *La 'Sattelzeit' como estructura discursiva.* De hecho, la diferencia entre Weber y Koselleck procede de los distintos horizontes hermenéuticos de eso que se podría llamar *heuristische Vorgriffe*. En este sentido, Weber estaba interesado esencialmente en la renovación del *ethos* que en la primera modernidad había impulsado la subjetividad racional. Su voluntad teórica pretendía ofrecer razones para aceptar el moderno capitalismo como el destino no previsto por aquella subjetividad puritana y con el que ella, renovadas sus energías éticas, tenía que cargar responsable y trágicamente. La historia conceptual, por el contrario, se sitúa en una fase posterior de la modernidad como

contexto significativo. Ya no se trata del calvinismo como *ethos* de la profesión que generó a su vez la nueva lógica política radical del contrato social¹⁴. Es bien conocido que ese contexto histórico quedó identificado por Koselleck en la *Sattelzeit* alemana de la segunda mitad del siglo XVIII, verdadero acontecimiento lingüístico, perfectamente registrable en los léxicos, diccionarios y textos de la época. La diferencia es radical y genera otras muchas. El proyecto teórico de Weber nos transportaba a un mundo de responsabilidades individuales, de seriedad personal, de epicidad heroica. La época que inaugura la revolución lingüística de la *Sattelzeit*, por el contrario, viene caracterizada sobre todo por la irrupción de esos grandes nombres colectivos singularizados, con todo su potencial de sentido total y de anulación de la individualidad. Así, donde la primera modernidad hablaba todavía de historias, de revoluciones, de soberanías, de constituciones, de estados, de economías, de naciones, de federaciones, se pasa a hablar de historia, de revolución, de Estado, de soberanía, de economía y de nación. El juego de la individualidad heroica y racional, en este contexto de expresiones de valor absoluto se ve considerablemente reducido. El individuo ya no tiene acceso a un contexto cercano y pragmático de referencias, sino a un universo abstracto e ideológico en el que hay que tomar decisiones de servicio o de sacrificio, de entrega o de lucha. En cierto modo, podríamos decir, simplificando un poco las cosas, que Weber ha prestado interés a la *tempo* de la emergencia de la esfera ética de acción —el esfuerzo de Habermas por aproximarse a Weber estaría justo en esta línea— en un sentido genuinamente moderno, mientras que Koselleck y la historia conceptual prestan atención a la emergencia del *ethos* que se disputa el espacio de la política genuinamente contemporánea —lo que a su vez explicaría las reservas de Habermas ante el discípulo de Schmitt. Ambos *ethoi* tienen antecedentes históricos, y surgen de procesos de más largo alcance, pero cristalizan, tal y como lo entendemos en la actualidad, en estos diversos momentos de la modernidad¹⁵. En este sentido, estoy de acuerdo con

14 Para analizar el origen calvinista de las filosofías políticas del contrato social, como forma política específicamente moderna, cf. la tesis de Antonio RIVERA, dirigida por J.L. Villacañas, *La política de la modernidad: republicanismo calvinista versus clericalismo jesuita*, Universidad de Murcia, 1998.

15 El comentario, pues él mismo no lo propone como objeción, que realiza G. Duso a la categoría de *Sattelzeit*, en el sentido de que tendría como antecedente teórico y como clave lógica de su propio devenir la teoría hobbesiana de la política, como verdadero corte con la tradición aristotélica, podría entenderse en esta misma línea: Hobbes verdaderamente genera la teoría del contrato que, por muchas razones, está en la base de la emergencia de singulares colectivos. De hecho el mismo mito del Leviatán, iconológicamente, ya lo es. Pero no hay que olvidar que sería difícil aceptar la tesis de que Hobbes propone la política tal y como la entiende la modernidad, y mucho menos la época contemporánea. Por mucho que el Leviatán se haya dejado influir por la realidad social, y lo ha hecho en la medida en que se ha encargado de la

Duso en que una genuina comprensión de los conceptos que juegan dentro de la estructura discursiva de la *Sattelzeit* implicaría una profunda comprensión de la constelación específicamente moderna, desde el siglo XVII hasta el siglo XVIII, organizada teóricamente alrededor de la subjetividad ética y de la teoría del contrato. Pero por mucho que estos elementos jueguen con un significado que procede de la modernidad política, en la *Sattelzeit* obtienen una dimensión política diferente, fruto de su verificación práctica en la Revolución y de la reacción tradicionalista que ellos mismos generan y potencian recíprocamente con su común radicalización, su actualización continua, su ideologización sistemática, su politización absoluta y su democratización total¹⁶. De hecho, como ha sugerido Melvin Richter, la historia conceptual quiere diferenciar tres tipos de conceptos en la *Sattelzeit*: primero, los conceptos de largo tiempo, como por ejemplo democracia, soberanía, poder, etcétera, que tienen un valor histórico-universal; segundo, los conceptos que efectivamente proceden de la modernidad inicial y que no tienen significado hoy salvo tras una reconstrucción científica, pero que determinaron las luchas políticas desde el siglo XVII hasta comienzos del siglo XIX, como contrato social, sociedad civil, división de poderes, federación, etcétera; y tercero, aquellos neologismos como nacionalismo, dictadura, cesarismo, marxismo, internacionalismo, fascismo, etcétera, por los que la teoría política forzó su potencial teórico, hasta extremos de verdadera ingeniería conceptual, y en los que la teoría política moderna muestra su problematicidad interna al luchar por institucionalizar discursos incompatibles entre sí.¹⁷ Como vemos, este último momento distingue a la historia conceptual de la empresa científica de Weber. Esta diferencia sólo resultó posible tras el desenlace de la historia contemporánea en los fenómenos de dominación totalitaria, a los que Weber no tuvo acceso.

2. *El a priori material de la Sattelzeit*. La crítica ha lanzado a Koselleck la objeción obvia de que toda la metodología de la historia conceptual depende

función central de mantener la paz, no hay que olvidar que su argumento es la absoluta separación de vida privada y vida pública, esto es, la retirada de las convicciones de la vida política. La ideologización del pensamiento político, tal y como tiene lugar a partir de 1789, es el fracaso de Hobbes, que ve cómo su gran enemigo, el pensamiento republicano, vuelve a determinar la historia política. Por mucho que el nuevo pensamiento utilice la teoría del contrato como clave de formación del Estado, ahora no se trata de un contrato de transferencia de aquella soberanía que incluye la posibilidad de nombrar y definir los valores, sino de un contrato que construye una soberanía vinculada a los valores y los sujetos que ya intervienen en la definición misma del contrato. La continuidad histórica entre Hobbes y la *Sattelzeit* es clara, pero esto no da pie a hablar también de dependencia lógica de planteamientos. Cf. Giuseppe Duso, *Historisches Lexicon e storia dei concetti*, en *Filosofía política* VIII, 1, abril 1994, 109-120.

16 Cf. *op. cit.*, pp. 109-120.

17 Cf. Melvin RICHTER, *Il riconoscimento di un classico contemporaneo: Il 'Geschichtliche Grundbegriffe' e il futuro della ricerca storica*, en *Filosofía política*, XI, 3, diciembre de 1997, p. 5.

de esta hipótesis material, de esta organización del tiempo histórico a partir de la constelación *Sattelzeit*¹⁸. Resulta claro que esta decisión no está exenta de complejos problemas. Muchos de ellos, sin embargo, no hacen sino invocar la circularidad propia de todo discurso histórico, que de ser genuino sólo puede ordenarse desde sí mismo. Pero podemos decir que Koselleck ha sido franco en este asunto y ha mostrado sus cartas acerca de lo que significa propiamente esta *Sattelzeit*. De hecho, se trata de un acontecimiento estrictamente alemán que funda una constelación histórica estrictamente alemana. Podemos caracterizarlo como esa transformación de una palabra en concepto que permite que la palabra no sólo signifique algo concreto, sino que además refleje y produzca todo un cosmos de relaciones teóricas y un complejo de propuestas y programas, de significados y de experiencias que influye en todo el contexto político-social. Podemos decir, con pleno convencimiento, que si una histórica conceptual quiere formar parte de una semántica histórica que intervenga en la comprensión de la historia social reciente, entonces, la *Sattelzeit* configura el *contexto estructural discursivo* de significatividad pragmática de los actos de habla —sean orales o escritos en la fuentes— que entran en la disciplina como relevantes; la dimensión semasiológica de las instituciones discursivas que acogen en su seno las dimensiones asemasiológicas del contexto pragmático. En la medida en que la dimensión pragmática es interna a una disciplina que pretende comprender el uso histórico y polémico de conceptos, la definición de un contexto o circunstancia de referencia le resulta igualmente necesaria. En cierto modo, llegar a tener autoconciencia teórica de esta tesis es condición de posibilidad de la propia construcción de un discurso sometido a criterios¹⁹.

18 Cf. Heiner SCHULTZ, *Begriffsgeschichte und Argumentationsgeschichte*, en *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, *op. cit.*, p. 45.

19 En un ensayo muy bien organizado, y que constituye su colaboración al *colectivo teórico fundacional* de una historia de los conceptos, *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, Ernst Wolfgang ORTH, defiende una tesis parecida. Tras mostrar las dificultades de una historia con pretensiones de racionalidad, ordena cuatro puntos de interés teórico en relación con una historia de los conceptos. Primero, la orientación por la significación y la expresión que permite identificar una dimensión estable en los conceptos; segundo, la discursividad, en la medida en que un concepto siempre es una orientación en un mundo de posibilidades producido finalmente por un sujeto; tercero, el hecho de que estas orientaciones siempre juegan en un presente con intereses determinados por el contexto pragmático, por lo que ejercen funciones performativas más o menos institucionalizadas. Por eso, en cuarto lugar, se requiere la fijación y el reconocimiento de las circunstancias estructurales que determinan el sentido del juego pragmático de los conceptos. «Diese Umstände Können nun zwar für einen bestimmten Kulturkreis hinsichtlich ihrer allgemeinen Struktur und Strukturierungsmöglichkeiten gekennzeichnet werden» (*op. cit.*, p. 151). Creo que la *Sattelzeit* juega este papel, una especie de *apriori* para la comprensión, que, como sucede con todo saber histórico, a su vez procede de la historia. La circularidad de la historia es el símbolo más preciso de la precariedad de todo saber fundamental por parte del hombre.

Esta tesis es interna a la propia metodología de la historia conceptual, y por eso un tratamiento específico que definiera y dibujara esa *Sattelzeit*, como marco teórico de precomprensiones discursivas de los juegos polémicos de conceptos podría, desde luego, complementar el propio tratamiento de palabras individualizadas y separadas, tal y como se ha vertido en el *Lexicon*. La relación recíproca de historia social e historia de los conceptos tendría aquí su juego específico. En este sentido, Weber operó de una manera inversa, definiendo inicialmente la propia época moderna en su particularidad como generalización de la actividad ascética en trabajo que vertebraba la totalidad de la sociedad cristiana en nuevos horizontes intramundanos, electivamente afín con la racionalización del derecho y de la burocracia del Estado. Lógicamente, la operación que describe Weber no sólo es anterior a la *Sattelzeit*, sino en cierto modo su lógico presupuesto. Como sabemos, el hilo conductor entre ambos momentos históricos se ha querido ver a través del problema de la secularización de las expectativas de salvación que acabaría radicalizando, acelerando y trascendiendo las reclamaciones burguesas, generando un teodicea de la Historia y una transformación del tiempo histórico.

En todo caso, en la *Sattelzeit*, los conceptos fundamentales experimentan esa metamorfosis sobre la base del cuádruple movimiento ya citado: temporalización, en la medida en que proponen un programa de futuro; ideologización, en la medida en que se presentan con una dimensión polémica sistemática que pretende excluir toda otra alternativa; politización, porque ofrecen los fines que deben asumir los elementos sociales y, finalmente, democratización, porque reclaman el apoyo de la totalidad del pueblo, al que ofrecen un camino de integración precisamente por la vía de esos conceptos. Naturalmente, el juego de estos cuatro procesos anuncia una ulterior forma de existencia histórica por la que unos conceptos resultan potenciados recíprocamente por otros, produciendo eso que se llama aceleración del tiempo histórico²⁰. Apenas puede pasar desapercibido que estos cuatro procesos inician su operatividad en la Prusia de Federico II. Con ello, la base hermenéutica de la historia conceptual alcanza el contorno preciso de una identificación plenamente significativa. El proceso lingüístico que se experimenta en el idioma alemán, y que la semántica histórica quiere evaluar y describir, sólo alcanza significado en el momento en que una gran potencia alemana emerge al mundo de valores de la modernidad —ésta es la diferencia más precisa con Austria o con el Sacro Imperio Romano Germánico, ya un fósil jurídico y político— y se apropia aceleradamente de los lentos procesos que las potencias estatales occidentales han puesto en marcha durante dos siglos. Este proceso de apropiación no se vio interrumpido por la emergencia de la

20 Cf. SCHULTZ, *op. cit.*, p. 46.

Revolución francesa, pero sí alterado. En efecto, la experiencia exitosa de Francia con las guerras revolucionarias enseñó a las potencias alemanas, sobre todo a Prusia, que el ritmo de apropiación de los modernos instrumentos de intervención política había ido demasiado lento en unos casos y, en otros, implicaba ciertos riesgos que debían calcularse. Efecto de ese cálculo fue la discriminación entre elementos políticos democráticos a descartar, por un lado, frente a los elementos sociales, técnicos, económicos, militares y científicos a integrar en la configuración del Estado, por otro. Esta discriminación permitió la construcción de híbridos como Prusia, con una maquinaria económica eficaz desde muchos puntos de vista, sostenida por una base social y política radicalmente insuficiente para desplegar de forma adecuada su papel histórico.

La tensión fundamental que se puede registrar en la *Sattelzeit* reside en que tiene su punto de partida, a mediados del siglo XVIII, en la existencia de fuerzas sociales que reclaman una comprensión de la sociedad civil y de la historia como proceso unitario, impulsado por una clase tendente a convertirse en universal, la burguesa, que aspira a fundar un poder representativo de la totalidad del pueblo y a integrarse en un proceso moderno dotado de una *ratio* de validez universal. Este punto de partida no había conocido todavía la tremenda fisura revolucionaria, que bloqueará la tendencia expansiva de la sociedad civil y producirá las políticas de enquistamiento estamental y feudal, alrededor de las diferencias entre reacción y revolución. Aquella inicial comprensión de la sociedad burguesa conservará siempre el reflejo de interpretar los conceptos políticos modernos de tal forma que no sean susceptibles de fundar un pensamiento revolucionario basado en la guerra civil. Por eso su hegemonía quedará ahogada por el abrazo simultáneo de la revolución y de la reacción, cuyo índice más explícito es la propia figura impotente de Weber. Sin esa recepción limitada de las categorías propias de la sociedad burguesa moderna, sin esa resistencia a impedir la lucha civil revolucionaria, primero como lucha contra el Antiguo régimen y luego, de forma radicalizada, como lucha entre las clases capitalista y proletaria, no se entiende la política específica de Prusia, ni su voluntad integradora más allá de toda previsión verosímil, en la medida en que finalmente se consideraba capaz de compaginar una aristocracia militar y estamental, con una gran clase industrial sin poder político y una pequeña burguesía nacional sin aspiraciones a tenerlo, enfrentadas a un proletariado sostenido por una estéril retórica revolucionaria, internacionalista y marxista que sólo fortalecía el miedo de las clases burguesas.

3. *El problema de base: el fracaso alemán.* De esta manera, la historia conceptual regresa a temas weberianos. Pues Weber continuamente lucha contra la pretensión de un propio camino constitucional y político para Alemania, y de su posición se desprende la voluntad de homogeneizar las formas

y las categorías políticas alemanas con las existentes en Estados Unidos y en Gran Bretaña, que consideraba en lo político más representativas del mundo burgués moderno que Alemania. La precomprensión de la que dependía este proyecto político no era otra que la heterogeneidad *de facto*, desde el punto de vista político, social y constitucional, de Alemania frente a sus rivales nacionales; heterogeneidad que concedía a Alemania mínimas posibilidades de triunfar en el escenario del *polemós* internacional y que determinó su pretensión de mejorar sus posibilidades políticas por la vía del Estado total. La propia estructura de la historia conceptual comparte esta precomprensión y por eso resulta específicamente alemana ya desde el principio. De hecho, la historia conceptual proporciona una prueba masiva de la *específica* modernización alemana. Quizás el punto más influyente de este supuesto material sea el diferente *tempo lento* en que la modernidad política se configura en Alemania, lo que le obliga a mantener por doquier rasgos del lenguaje político-social medieval, entrando en todo tipo de transacciones y negociaciones con los conceptos modernos. Al no disponer de un poder soberano y central, como en Francia, capaz de erosionarlas, en Alemania las instancias políticas y sociales originariamente *medievales* mantuvieron su vigencia durante mucho más tiempo. También de este hecho político y social depende el hecho científico de la obra de Hintze y de Brunner.

Cuando la idea, inicialmente moderada, de la *sociedad civil* burguesa, como forma socio-política de futuro y de progreso, coincidió con un Estado que tuvo la suficiente fuerza para impulsarla prudentemente en una especie de revolución desde arriba, siempre se pensó en un tiempo largo que acabaría por transformar y disolver en una lenta metamorfosis a todos los estamentos y estructuras medievales. Cuando la instauración de esta idea se aceleró mediante la comprensión jacobina de la Revolución francesa, el escenario de asimilación de la modernidad cambió y se hizo altamente selectivo. Con poca frecuencia se ha pensado que la hipótesis que da sentido al *Lexicon* es la propia obra de Koselleck como historiador, que lleva por título curiosamente *Prusia entre Reforma y Revolución*, una reforma que se inaugura antes de la revolución y que continúa tras ella, a lo largo de la existencia de Prusia, ahora seleccionando los contenidos político-sociales a integrar para no propiciar una revolución social y democrática. Tal reforma, desde Svarez hasta Stein, como ha quedado muy claro en la obra de Koselleck, tenía como finalidad construir una sociedad civil integradora, dirigiendo los procesos que en Francia, y en otros países, se manifestaban como lucha civil. De esta forma, Prusia quiso evitar los dilemas entre revolución o reacción. Esto se hizo a costa de la pérdida de claridad en la aplicación del modelo moderno. «Prusia era un Estado, pero no una sociedad política y socialmente homogénea», así describe Koselleck el déficit fundamental del intento de modernidad alemana. De la

acción del Estado, sin embargo, debía nacer una sociedad civil nueva. En este sentido, la *Sattelzeit*, como objeto histórico, ya viene claramente identificada al principio del libro²¹. Pero también viene identificado el fracaso histórico de Alemania, en este sentido muy claramente cercano al diagnóstico de Weber, en la medida en que la acción de los reformadores no pudo construir una sociedad homogénea, civil y burguesa, capaz de una política moderna. La cita final de la Introducción de Koselleck a su obra histórica podría haberla firmado igualmente Weber.

4. *Politización e ideologización como a priori discursivo de la Sattelzeit.* ¿Qué se ha querido registrar en la Historia conceptual? Desde luego, el carácter polémico del lenguaje de la política contemporánea, sobre todo en un país donde no se ha dado una fuerza hegemónica moderna. En este sentido, *polemós* implica diferentes posibilidades en la comprensión de todos los conceptos. Pero, a la vez, en la *Sattelzeit* se lucha con la pretensión de ordenar la totalidad social. Llevada a su últimas consecuencias, esta diferencia condujo al colapso de Weimar, donde ya no había un solo sentido común a los agentes históricos. Por ello, la historia conceptual es también el relato de la impotencia por configurar un cosmos coherente de conceptos políticos, impotencia que es algo más que señal de la debilidad de los agentes históricos y que también es índice de la estructura aporética de los mismos conceptos políticos modernos. De hecho, esta misma aporía teórica es la condición tanto de la adaptación de conceptos medievales, como de la necesidad del compromiso de los modernos; de la reverencia hacia formas del pasado, como de una radical hostilidad hacia ellos; de la complejidad de la propia lucha entre los elementos del lenguaje medieval, los elementos propios del discurso burgués y los elementos de los discursos revolucionarios en los que se han intentado refundar todas las categorías políticas por las sucesivas oleadas de radicalismo idealista e innovación técnico-política. En este sentido, tenemos aquí la historia de un fracaso de modernización, de una imposibilidad de ordenación social clarificadora y de la definición estructuralmente clara de un discurso político-social. La historia de los conceptos, con este compromiso constante, entrega a la historia social un apoyo ulterior, al mostrar la dificultad de construcción de una sociedad ordenada.

De hecho, podemos decir que además del supuesto histórico material de la *Sattelzeit*, la historia de los conceptos tiene un segundo supuesto lógico

21 Cf. *Preußen zwischen Reform und Revolution*, Klett-Cotta, 1981, pp. 17–19: «Die bewußten Anstrengungen, eine neue politische Terminologie zu finden und auch durchzusetzen, gehören zur modernen sozialen Bewegung. So führen die Begriffe in unsere Sachthematik, diese aber bleibt, in ihrer Darstellung, auf die ehemals aktuellen Sinngehalte angewiesen. Mit anderen Worten: je mehr sich die reine Geistesgeschichte überholt hat, desto schwieriger ist es, Sozialgeschichte zu schreiben».

teórico para definir los conceptos fundamentales. Pues, de hecho, cuando los autores desesperan de encontrar un criterio para reconocer los conceptos fundamentales respecto de los que no lo son²², creo que la dificultad reside en no haber descubierto el papel arquitectónico de la noción de sociedad civil burguesa, tal y como aparece al principio de la época *Sattelzeit*, y no solamente en la filosofía de Kant. De hecho, los conceptos fundamentales están en una relación sistemática interna con el germen teórico de esta categoría y la despliegan, la rechazan, la critican, la cuestionan o la destruyen. En cierto modo, temporalización, ideologización, masificación y politización, son ya elementos potenciales del proyecto burgués, tan pronto se idealiza, o tan pronto cede en la tarea de disciplinar su *tempo* histórico —tarea en la que se especializaron Kant y Lessing— y, como tales elementos, serán reforzados por los subrogados del proyecto burgués. Cuando analizamos la obra de Koselleck más reciente, nos damos cuenta de que toda su producción versa justamente sobre esta misma categoría de lo burgués y sus tensiones con las propias radicalizaciones revolucionarias²³. Si se me permite la analogía con las categorías kantianas, los conceptos fundamentales son aquellos que ofrecen las condiciones de posibilidad para pensar la sociedad civil en su combate histórico, finalmente fracasado ante sus propias radicalizaciones revolucionarias y las respuestas reaccionarias. Weber también aspiró ante todo a hacer de Alemania un pueblo civil, y con eso quería decir algo parecido a un pueblo capaz de asumir coherentemente, como universales sociales básicos, los conceptos de la modernidad burguesa. Que Koselleck haya visto en Prusia la problemática específica de un país atrasado y feudal que busca ponerse al día en todas las exigencias de la modernidad estatal y social²⁴, sin aceptar las exigencias de la modernidad política, y que considerase esas tensiones como una experiencia digna de tenerse en cuenta hasta en la

22 Cf. Por ejemplo Rolf P. HORSTMANN, *Kriterien für Grundbegriff. Anmerkungen zu einer Diskussion*, en *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, op. cit., pp. 37-42, quien ha mostrado, quizás de una manera un tanto ligera, que no hay criterios formales, ni semánticos, ni funcionales para diferenciar entre conceptos fundamentales de otros que no lo sean. Su apuesta por criterios pragmáticos es bastante razonable, aunque quizás no debiera caracterizarse como plenamente pragmática. De hecho, para que exista este criterio pragmático, el autor considera inevitable que se den los conceptos en el marco de una teoría y que, por lo tanto, los conceptos tengan una relaciones de dependencia lógicas y semánticas.

23 Puede verse esta referencia bibliográfica en la Introducción a *Histórica y Hermenéutica*, op. cit., pp. 55-58.

24 Esto lo habría intentado llevar a cabo mediante los tres movimientos de reforma del código general prusiano, de la administración y del movimiento social, que configuran a su vez un campo de fuerzas que se afecta recíprocamente. Cf. *Preußen zwischen Reform und Revolution*, op. cit., p. 13.

actualidad, se encargó de dejarlo claro en la introducción a la edición italiana de su famoso libro²⁵.

Tenemos por tanto que lo que confiere esa especial densidad temporal e histórica al ensayo que dirige Koselleck no es otra cosa que una huella de la peculiar experiencia histórica de Prusia y de Alemania, que tiene que encontrar un camino para construir una sociedad civil, por una parte, en contra de la resistencia de la sociedad tradicional y estamentaria, y, por otra, en contra de las pretensiones de una sociedad sin clases que propone el movimiento marxista, plenamente innovador en la seriedad con que toma en serio las exigencias universales de los valores burgueses. Esta experiencia estructural particular explicaría el extraordinario sentido polémico de los conceptos, su capacidad de intervención en la realidad, su dimensión de ideologización y de politización. Nadie queda fuera de ese contexto de lucha y, justo por eso, toda la sociedad se piensa como un espejo roto cuando se contempla alrededor de estos fenómenos globales. Todo esto ya fue reconocido por el propio Koselleck en su escrito inicial sobre las líneas fundamentales del *Lexicon*²⁶. Pero, en el fondo, esta experiencia histórica se mantenía vigente cuando el *Lexicon* se inicia e incluso casi cuando se acaba. Pues esa experiencia es la que mantenía dividida Alemania en dos Estados. Y lo que es más importante, la previsión implícita de este magno diccionario no era precisamente la pacífica destrucción del muro de Berlín, y la anexión de la DDR a la República Federal, sino justo la inevitable necesidad de conocer la experiencia histórica e ideológica que llevó a esta división, para preparar una forma de diálogo que abriera una situación histórica que a todos los comentaristas le parecía de absoluto bloque. Lo que sucedía en la Alemania dividida por el muro no era sino expresión dramática y resultado de la lucha que había caracterizado la *Sattelzeit*,

25 «La Prusia è scomparsa in quanto Stato, ma la sua storia non appartiene soltanto al passato. L'eredità prussiana sopravvive, in misura maggiore o minore, nei paesi successori: nella Germania democratica e nella Germania federale, oltre che in Russia e in Polonia. Perciò, la disputa storiografica non riguarda soltanto la parte avuta dalla Prussia nello scoppio della prima guerra mondiale e nella fine del secondo Impero, il militarismo della costituzione sociale prussiana e lo stesso ruolo svolto nell'ascesa del nazionalsocialismo, ma va molto al di là di tutto ciò. Non esiste infatti un giudizio storiografico che non abbia tuttora un riflesso politico.» R. KOSELLECK, *La Prussia tra riforma e rivoluzione (1791–1848)*. Il Mulino, Bologna, 1988, p. 7. La tesis de fondo es que Prusia intentó por todos los medios acelerar su modernización política y social desde posiciones de atraso importantes, por lo que tuvo que confiar fundamentalmente en una burocracia que sería semejante a la confianza que los países en desarrollo han puesto en el partido único.

26 Cf. *Richtlinien für das Lexicon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit*, en *Archiv für Begriffsgeschichte* 11, 1967, 81–99, donde se registra tanto la confesión de que los conceptos de tradición y revolución configuran el núcleo de este *Lexicon*, como que en él se analizan conceptos que proponen límites a la experiencia posible y a la teoría.

y que incapaz de una síntesis de todos los elementos en liza, había estallado en dos Estados, que interpretaba cada uno a su manera, en discursos cerrados, la totalidad de los frentes de aquella lucha mantenida durante casi dos siglos. En este sentido, Prusia y Alemania no tenían de específico sino extremar la estructura aporética misma de la tensión moderna, con sus luchas y fracasos, con sus desajustes entre los valores universales a los que servían —y entre ellos el mercado— y los aparatos nacionales-estatales de los que hacían uso.

III. EL PRESENTE

1. *La historia conceptual y el presente.* La memoria de los estratos significativos depositados en la historia de los conceptos fundamentales también es la memoria de los problemas centrales de la construcción de la sociedad europea continental. Alemania, en este sentido, no es sino un caso extremadamente radical de esta evolución, pero no un caso cualitativamente distinto. En ella se dan de forma más visible los mismos problemas. En este sentido, para el nuevo contexto, el *Lexicon* es útil ya desde su origen. No hay que olvidar que la meta final de la historia conceptual aspira a mantener en un ámbito semántico de alcance europeo el discurso de lo político y de lo social. No hay que olvidar que una de las herramientas fundamentales para captar la innovación de sentido fue la traducción de palabras desde los diferentes lenguaje europeos. No hay que desdeñar que, por todos sus artículos, el *Lexicon* inicia una historia conceptual europea, que quizás deba continuarse sistemáticamente con equipos europeos organizados. Ya es un síntoma de ello que O. Brunner sea el autor de una obra decisiva como es *El problema de una historia social europea*. Sobre este continuo, la historia conceptual identifica una serie de sucesos discursivos decisivos para la autororientación a través de la reciente historia europea.

Ahora bien, el apriori histórico de la *Sattelzeit* parece finalmente superado. El estallido de todas las características que definieron esta época se conoce con el nombre de la postmodernidad. Lo que pueda significar el *Lexicon*, y la propia disciplina histórica, en esta época post-revolucionaria, no ha sido pensado de forma explícita por unos autores que jugaron todavía con el supuesto de estar inmersos en los últimos despliegues históricos de esta misma *Sattelzeit*. En este sentido, el presente en el que nos instalamos nosotros, intérpretes de la historia conceptual, es ya diferente del presente en el que se iniciaron y se delinearón los planteamientos metodológicos hasta ahora estudiados. La historia conceptual parece índice de una época histórica europea, pero las dimensiones estructurales que caracterizaron su discurso, y que sobredeterminaron sus conceptos, no *parecen* que sea al mismo tiempo ya un factor histórico. Los conceptos, en los que se centra su narración, son

muy importantes para el conocimiento de una época, pero ya no *parecen* sino más ser también factores activos de la constitución del espacio discursivo de la política.

Y sin embargo, a pesar de que el *Lexicon* pertenece a un horizonte histórico vertiginosamente alterado respecto de sus previsiones básicas, ahora alcanza unos niveles de recepción considerables. Este fenómeno, que bien podría ser perturbador, creo que presenta aspectos positivos muy dignos de consideración. Cabe decir, sin embargo, que en la medida en que las necesidades sentidas por el presente son diferentes, la relación entre la filosofía política y la historia conceptual pueden desplazarse. En todo caso, sólo en la medida en que comprendamos de una forma clara la estructura de la *Sattelzeit*, estaremos en condiciones de comprender el cambio de estructura discursiva que en este momento se está dando, y llegar así a una definición precisa, históricamente fundada y políticamente relevante, de cuál sea nuestro presente. De esta forma, se abriría camino un uso discursivo políticamente responsable de los conceptos políticos, que eliminaría la idealización y la sublimación de los mismos —condición para que fuese viable su actualización, democratización, ideologización y politización— a partir de la clara conciencia no sólo de su aporeticidad interna, sino del cambio de escenario estructural en el que han de jugar.

2. *Por un presente no ingenuo políticamente.* Muchas veces, lo que no *parece* presente, sin embargo, es un estrato profundo del presente, activo aunque oculto. En este sentido, la noticia de la *Sattelzeit* es como un mapa de las tensiones subterráneas a nuestra sociedad. Ya no tenemos frente a nosotros el problema urgente de cómo reunificar una Alemania escindida en dos discursos autorreferenciales, que sin embargo habían mantenido una larga dialéctica en el pasado. No es nuestro problema elaborar un continuo político allí donde había un abismo de odio, de guerra y de hostilidad. No aspiramos a elaborar una memoria histórica que nos permita lanzar conceptos de una orilla a la otra del telón de acero, para mantener al menos una autoconciencia precisa de los límites originarios y de las razones de ambos sistemas. No están ante nosotros los agentes sociales que, embarcados en un proceso sin precedentes de ideologización y politización absoluta, se disputaron los escenarios básicos del mundo político y social. Nuestro Estado de bienestar parece alejado de estos escenarios, pero lo está como el orden de Júpiter respecto del orden de los titanes. De hecho, aquellas tensiones de la *Sattelzeit*, dulcificadas en sus agitaciones sísmicas, están en el núcleo último del presente.

La clave de este asunto consiste en mostrar la relevancia del resultado político que las tensiones de los dos últimos siglos han conocido en este llamado Estado de bienestar —a falta de mejor nombre. No se puede asumir

que la razón última del Estado de bienestar de postguerra, como síntesis histórica sin precedentes y consenso básico del discurso de las sociedades actuales, dependiese de la presión que ejercieron los principios del pensamiento social que inspiraba el marxismo. Podemos defender que la presencia de la URSS sobre Occidente presionase en favor de aquel pacto, pero en modo alguno lo fundó. Por mucho que no olvidemos que aquel acuerdo social se lanzó como reto a los países dominados por el socialismo real, para reclamarles una evolución convergente con Occidente en el sentido de la democratización de sus estructuras, no podemos aceptar el carácter meramente estratégico o táctico del gran consenso social de postguerra. Esta estrechez de miras sería imperdonable. La operación por la que se funda el actual Estado obedece también al reconocimiento de la inviabilidad de los procesos de ideologización, politización y masificación crecientes, sostenidos por la radicalización continua de los postulados teóricos modernos, tal y como nos lo ofrece la experiencia de Weimar. Responde así a una lógica interna que reflexiona sobre lo que condujo la *Sattelzeit* al colapso. Este hecho me parece más profundo que la presión que ejerció la URSS, en cierto modo ella también efecto de ese mismo colapso. Por el reconocimiento de aquella inviabilidad, Occidente se aseguró su victoria política desde el principio sobre un Oriente que cargó con la historia sin reflexionar sobre ella.

En todo caso, los Estados europeos, con sus diferencias, no disponen todavía de otros conceptos políticos diferentes de los que inspiraron la *Sattelzeit*, sólo que frágilmente atemperados —en el sentido burgués originario— en sus pretensiones de ideologización, templados en sus expectativas de temporalización, moderados en su voluntad de politización y duramente desmovilizados en sus exigencias de democratización y masificación. Esta dependencia de los mismos conceptos políticos resulta explícita en la calificación que finalmente esta época se da a sí misma como postmoderna, confesando con ello que no puede prescindir de su condición de partida.

3. *Pensar positivamente la época.* La historia de los conceptos en esta situación produce claramente utilidades que no eran las inicialmente subrayadas, pero que son muy eficaces. Ella es un permanente recuerdo de que cualquier consideración idealizada o sublimada, esto es, ideologizada, acelerada, politizada y masificada de los conceptos con los que todavía jugamos, puede volver a generar las mismas tensiones insolubles de la modernidad. Por mucho que esta radicalización no dependiera del voluntarismo de nadie —dependería de una espiral de refuerzos y radicalizaciones— no habría medio teórico alguno de pararla ni de disolver las aporías teóricas que plantearía. No hay que olvidar que también —y quizá ante todo— un liberalismo tomado radicalmente en serio mostraría lo inaceptable de su mirada sobre la realidad. En ese caso, quizás una historia de los conceptos, que

permite pensar no sólo lo depositado en lo que hemos sido, sino también recordar categorías políticas que yacen sepultadas bajo el camino histórico, estaría en condiciones de ofrecer alteridades reales, para incidir en un presente con unos conceptos capaces de identificar nuestra época en positivo. Esto es lo que puede suceder si reaparecen teorías de Estados sin soberanía, de naciones sin Estado, de poderes que sólo se basen en el derecho, sin fuerza coactiva directa o inmediata, o en formas de persuasión social limpia y discursiva, de cuya existencia en otras épocas no nos queda memoria excesiva.

Por mucho que la función genérica de la historia de los conceptos sea genéricamente la misma, iluminar la autoconciencia crítica de nuestras herramientas discursivas de intervención en la realidad, tal y como lo he defendido en otro sitio²⁷, resulta claro que las nuevas estructuras, y los fines pragmáticos de los nuevos contextos políticos comunicativos, obligarán a una jerarquización interna del uso de los materiales discursivos y a un subrayado hasta cierto punto diferente del inicialmente previsto. El *Lexicon*, aunque construye un sistema de relaciones conceptuales, configura este sistema alrededor del problema de los movimientos sociales burgueses que, impulsados y radicalizados por su propia potencia universal, darán paso a los ideales revolucionarios y, finalmente, conducirán a la lucha civil de clases. Koselleck, asumiendo como uno de los *apriori* de una histórica el par de conceptos «amigo-enemigo», claramente supone esta diferencia como la clave del mundo que se abre en los tiempos que preparan la Revolución francesa. En este punto, es el testigo científico de una época que comenzó con la aspiración a construir una sociedad burguesa homogénea, embarcada en una utopía de progreso moral y técnico, y acabó con la división del mundo occidental en dos universos política, social y económicamente hostiles. Estos universos atravesaron los continentes y los Estados, hasta connotar las estructuras sociales más concretas, como la universidad o la justicia. El resultado material último de esta empresa científica podría ofrecer una idea muy concreta de esta época de las revoluciones que ahora acaba, y que iría desde la comprensión de un tiempo histórico que conduce aceleradamente a la utopía, hasta los ensayos por definir el sujeto apropiado capaz de impulsar ese proceso de dominio mundial (nación, Estado, partido, clase o raza). Al lector de estos trabajos históricos y filosóficos se le hace muy difícil escapar a la sensación del carácter insostenible de este proceso, del carácter profundamente inquietante del mismo. A su través, se percibe la destrucción de estructuras antropológicas básicas, sin las que la vida del hombre no se podría llamar la

27 Cf. El punto III de la introducción citada a R. KOSELLECK y H.G. GADAMER, *Historia y Hermenéutica*, pp. 30-53.

misma. Pero todo esto no retira un ápice de verdad a la tesis de que la tensión más básica dependía del llamado por Stein problema social y su relación con el Estado moderno. Este problema generaba la lógica por la cual se escindían los universos sociales, pero también por la que se ordenaba el espacio del Estado de bienestar, como forma exitosa de escapar a aquella dinámica histórica. Hoy convendría, por tanto, no olvidar la lógica de este desmoronamiento del muro de Berlín, ni la clave del triunfo de la Europa occidental, que no está en sitio otro que en la capacidad de incorporar la problemática social al núcleo mismo del sistema democrático.

Por todo ello, quizás la complejidad y la extrema fidelidad del *Lexicon* a la historia de la *Sattelzeit* nos impida olvidar las razones por las que un problema —la escisión de Europa y de sus sociedades— ha dejado hoy de ser una amenaza. Con ello, el mejor servicio que proporciona la empresa de Koselleck a la filosofía política actual consiste en que le obliga a no dejarse llevar por la agenda del presente con ingenuidad²⁸. La agenda del presente se enfrenta a unos problemas nuevos en la medida en que otros problemas sigan estando suficientemente resueltos, no en la medida en que rompamos toda relación con ellos. No debemos olvidar que esas soluciones son la condición de posibilidad de nuestra propia autocomprensión. De no ser así, pronto la agenda del presente será la del pasado. Los problemas nuevos, la integración política en la Unión Europea de los territorios al Oeste de Rusia, sobre todo, llevan consigo, solidariamente, los estratos de problemas cuya solución ha permitido a nuestras sociedades movilizar una Europa congelada. Si hay un resultado epistemológico de la época de la *Sattelzeit*, con todas sus radicalizaciones, éste dice que, en ella, se intentó resolver desde la estructura del Estado-nación problemas que transcendían este marco. Sin la síntesis de culturas políticas metanacionales que configuró el Estado del bienestar europeo, y las elevadas normas de justicia distributiva que ha incorporado al sistema político, pronto la dualización social que está en el origen último de la guerra civil europea, en todas sus manifestaciones, como guerra de clases, de naciones y de Estados, nos hará situarnos ante retos y procesos que ya parecían olvidados. Pero aquella síntesis, no hay que olvidarlo, resultó posible por una clara anti-sublimación de los componentes ideológicos, por una reducción del nivel absoluto conquistado por la política, que hasta aquel momento imponía una guerra abierta. De esta forma, ha sido señalado que la meta final de la historia conceptual «fue ayudar a comprender cuando y por qué surgieron las ideologías, con el fin de combatir el pensamiento de tipo

28 Esta exigencia también la ha sentido G. Duso, en el trabajo que se edita en este número.

ideológico del mundo moderno»²⁹. Este es uno de los resultados que conviene no olvidar, si queremos estar atentos a su no reproducción. La relevancia de la filosofía política, tal y como la ejerce Leo Strauss, por ejemplo, consiste en mostrar permanentemente la distancia entre los elementos teóricos de que disponemos y los ideales filosófico-políticos propiamente dichos. De esta manera, la teoría política reduce su autovaloración como arma ideológica, en la medida en que ya no se puede presentar como solución ideal de los problemas del cosmos político.

4. *El presente de Europa*. En este sentido, la historia conceptual rinde otro servicio a la pretensión de pensar el presente. En efecto, puede dar indicios de una forma de relacionarse con el tiempo que no implica aceleración, de una forma de relacionarse con los fenómenos sociales que no implica ideologización, de una forma de entender la estructura social que no implica politización radical, de una forma de entender los conceptos políticos que no implica su idealización y sublimación, de una forma de hablar de la realidad que no implica el uso masivo de colectivos singulares, de historia, de clase, de sujeto, de nación. *La Sattelzeit* sólo podrá ser sustituida por algo diferente a una mera postmodernidad cuando experiencia y expectativa, prognosis y diagnosis estén equilibradas, cuando se acepte una subjetividad no idealizada ni sublimada, cuando se hayan reducido las expectativas de salvación que alentaban en el seno de la revolución y de la reacción, cuando se respete la pluralidad lógica de las diferentes esferas de acción, cuando no se confíe en el automatismo narcisista de la reproducción del sistema, y cuando el utopismo nihilista deje paso a un pensamiento de la tierra. En fin, cuando la forma del «futuro pasado» se disuelva en una teoría del amor al mundo —por decirlo con Arendt— como poder responsable capaz de contener el tiempo.

Ahora bien, el centro de atención preferente de esta hora no sólo es la cohesión y la homogeneidad social interna a las sociedades y a los Estados tradicionales, sino la cohesión y la homogeneidad europea en unos amplios márgenes constitucionales, que podemos reconocer como las bases republicanas en las que Kant cifró la condición básica del progreso hacia una confederación de Estados europeos. A medio plazo, nadie debe ignorar que la solución de la primera cuestión depende del éxito de la segunda. Justamente, cuando el horizonte que se nos abre permite esperar realidades inéditas hasta ahora en el pasado de Europa, la historia conceptual está en condiciones de prestar servicios adicionales a la intervención política. Justo cuando el horizonte histórico concede de nuevo a la acción humana una posibilidad genuina

29 Melvin RICHTER, *op. cit.*, p. 6, añade: «De repente, hemos visto cómo la recuperación del concepto de sociedad civil se ha revelado preciosa para aquellos que se han emancipado del contexto represivo del bloque soviético».

de innovación, la historia de los conceptos ofrece elementos fundamentales e indispensables para un uso responsable del lenguaje de la política. Primero, porque está en condiciones de mostrar que los propios conceptos con los que ha venido trabajando la *Sattelzeit* son ellos mismos posibilidades, en modo alguno necesidades universales. Como Brunner recordó en su obra fundamental, «el lenguaje, el modo conceptual con el que operamos, deriva de una precisa situación histórica, aquella del nacimiento del mundo moderno y por ella está hoy sustancialmente condicionado»³⁰. Como tal, sin embargo, esta época, que forma parte de los sucesos históricos contingentes, implicó una interpretación y apropiación dentro de las posibles del mundo medieval, cuyo potencial de significado desde luego no agotó y cuyo recuerdo puede ofrecer sentido a estas posibilidades no plenamente desarrolladas.

Por ejemplo, en estos momentos podría ser interesante pensar cuerpos políticos que no reposen sobre un concepto de soberanía definida según el modelo jacobino. Podría ser igualmente relevante un universo de discurso práctico que no estuviera atravesado por las categorías de la teología política, con su exigencia de omnipotencia final y de decisión última inapelable. Por ejemplo, podría ser útil una teoría de las relaciones internacionales que separara la organización militar, con su jefatura del ejército, respecto de la organización civil. Así, también podría ser útil una teoría más profunda de la división de poderes, tal que el poder judicial, sea ordinario, sea de la justicia constitucional, asumiese poderes legislativos capaces de pensar un orden concreto y de garantizar consensos aceptables, etcétera. La historia de los conceptos podría motivar a la imaginación para avanzar hacia formas organizativas claramente inéditas y flexibles, y no en último lugar para integrar las justas reivindicaciones de las regiones europeas, de tal manera que se escape al dilema entre fueros y constitución universal y homogénea.

La situación del presente viene caracterizada no sólo como postmoderna, esto es, capaz de asumir las historias, las diferentes *esferas* de la acción social, la diferente lógica entre ellas, la ironía como forma básica de regulación de las relaciones de las distintas esferas entre sí. También viene caracterizada por la tendencia a la globalización, por una parte, y por el ingreso de los países europeos en la globalización desde las estructuras de la Unión Europea, como cuerpo político absolutamente atípico, incapaz de pensarse desde la idea de constitución tradicional, pero quizás con más posibilidades de identificarse si se ponen en circulación aspectos prácticamente olvidados de sentido que regresan ahora como posibilidades antiguamente clausuradas. En todo caso, con esta construcción del espacio europeo se supera, de forma

30 O. BRUNNER, *Per una nuova storia costituzionale*, ver. itl. de Pierangelo Schiera, Editrice Vita e Pensiero, Milano, 1970, p. 117.

radicalmente innovadora, la aspiración secular de la hegemonía francesa y de la hegemonía alemana, las dos grandes potencias que la han disputado *de facto* desde el siglo XVII hasta el siglo XX. Con ello se consigue un orden espacial de naturaleza continental, un *nomos* de la tierra que asume el final de *éon* del Estado previsto por Carl Schmitt hacia 1938 y que renueva el pensamiento tradicional de un *ius publicum europæum*. Este orden espacial de naturaleza continental significa el final también de las viejas estrategias británicas de mantener una situación de equilibrio hostil, y no de cooperación confederal, entre los Estados europeos.

No es de extrañar que la historia conceptual, en cierto modo construida por los discípulos de Carl Schmitt, no haya sido recibida con euforia por los representantes de la historia política británica, que ven en ella una construcción en último extremo dependiente de la teoría y de la periodización de la historia europea continental, que apenas nada tiene que ver con la propia tradición británica. En este sentido, la resistencia por parte de Pocock y Skinner a superar todo lo que sea una reconstrucción pragmática de los actos lingüísticos de la tradición política, y a verterlos en una exposición que no sea «estrictamente histórica», en el fondo encubre una voluntad de mantenerse fieles a la propia tradición británica como contexto último de comprensión de sus propios relatos históricos y, en especial, a aquel momento histórico en el que sincrónicamente se dan cita los debates teóricos de los que emergen las tradiciones *whig* y *tory* (en la época de las Revoluciones contra los Estuardo) y los momentos en que estas tradiciones se reformulan (en la época de 1780 hasta 1830)³¹. En cierto modo, la mayor autoconciencia y la mayor reflexividad metodológica de Koselleck, en este sentido, al mostrar la propia contingencia incluso de sus supuestos estructurales, permite una mayor posibilidad comparativa con otras tradiciones históricas, que una praxis que, como la británica, finalmente no puede separarse de sus presupuestos implícitos, en último extremo no reconocidos. En este sentido, la actitud de Pocock apenas puede ocultar su apuesta defensiva³².

31 Cf. *Concetti e discorsi politici: differenze di cultura? A proposito di un intervento di Melvin Richter*, de John G.A. Pocock. En *Filosofia Politica*, XI, 3, diciembre de 1997.

32 «Si può vedere da questa mia dichiarazione come io sia pronto in un senso preciso ad appoggiare l'osservazione di Richter che 'l'Europa di recente unita sentirà la necessità di fare l'inventario dei modi in cui ciascuna dei paesi che la compongono ha compreso il proprio passato. Io infatti non credo che l'Europa sarà unita in un futuro prossimo, o che lo dovrebbe essere; io penso che Richter ci stia raccontando che un'Europa sempre più integrata dovrà fare i conti con il fato che ciò implica diversi passati e diverse metodologie di comprensione di quelli, e che le cose rimarranno e dovranno rimanere così». Pocock, *op. cit.* p. 11. Sin duda, la pregunta última de Pocock, que voy a traducir aquí es decisiva. «Este es el punto central de la argumentación que todavía me deja perplejo: ¿Qué tipo de relación existe entre la historia de los conceptos como metodología y disciplina histórica y la hipótesis de la teoría de la *Sattelzeit*?» La respuesta es una

Richter ha sido plenamente consciente de la importancia que puede tener para la genuina construcción europea una serie de estudios comparativos sobre los lenguajes políticos en la modernidad de los diferentes Estados europeos. «En el momento en que Europa se halle reunida, sentirá la necesidad, con la meta de proyectar el propio futuro, de hacer el inventario de los modos en que cada uno de los países que la componen ha interpretado el propio pasado»³³. Ciertamente, sin el monumental *Lexicon* de Koselleck, esta comparación sería naturalmente imposible. Ahora resulta finalmente viable. Quizás sea hora de introducir en la agenda de la investigación filosófica e histórica una reconstrucción comparada de los lenguajes políticos europeos, no tanto desde una perspectiva de su autoafirmación en tanto tradiciones nacionales, sino desde esa voluntad de comprensión que es el paso previo al reconocimiento de sus limitaciones internas, y de su necesidad de transformación homogénea con nuestros consocios europeos. Quizás este número de *Res publica* sirva para llamar la atención sobre ello.

muy clara: una relación grande e inevitable. Pero ciertamente la *Sattelzeit* es todo menos una hipótesis arbitraria. Es una estructura altamente significativa para la historia europea.

33 RICHTER, *op. cit.*, p. 10.